

18
PELICULAS

Novela Semanal



"NEUMATICOS"
por
Bessie Love

25
CTS

PELÍCULAS

NOVELA SEMANAL

NÚM. 18 :: 25 CTS.

RUBBER TIRES 1927

Película basada en una adaptación literaria de la
comedia de costumbres norteamericanas titulada

NEUMÁTICOS

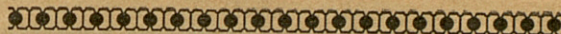
e interpretada por la monísima estrella BESSIE LOVE
y el gracioso actor HARRISON FORD

Selecciones PRO-DIS-CO : Selecta

ARAGÓN :: BARCELONA

PUBLICACIONES MUNDIAL

APARTADO CORREOS 925 : BARCELONA



En Nueva York, en la modesta vivienda de la familia Stack, cada día era martes y 13 por obra y gracia de las pocas ganas de trabajar del jefe de aquel hogar, cuya dorada ilusión, como la de muchos mortales, consistía en «levantar un capitalito».

Todos en este mundo tenemos nuestras debilidades y el señor Eulogio tenía la de ser un decidido partidario del «dolce far niente». Estaba firmemente poseído de que «el trabajo es la maldición de la humanidad» y procuraba con todas sus fuerzas ser de los menos maldecidos.

Se levantaba por la sencilla razón de que su esposa había tomado la mala costumbre de no llevarle el desayuno a la cama y una vez en el comedor, que era a la vez cocina, cuarto de baño y taller de planchado de su costilla, se aposentaba entre los acogedores brazos de una mecedora, donde, cómodamente, comenzaba a leer el periódico. Después de releer todos los acontecimientos del día, de «ilustrarse» con lo que decía el mundo, según otra de sus frases gráficas, y de comentar la cuestión de China, cuyo intrincado laberinto de luchas y conspiraciones se había propuesto comprender, miraba con toda detención la

sección de colocaciones. ¡Había que complacer a la esposa!...

El señor Stack, no obstante, era un hombre de grandes ideas, pero hasta el presente, o mejor dicho, hasta el día en que nosotros tenemos la suerte de trabar conocimiento con él, todas le habían salido al revés. Una de sus ideas cumbres fué la de adquirir una casa y unos terrenos allá en las doradas llanuras de California con la esperanza de que tarde o temprano vendría algún ingeniero a descubrir un pozo de petróleo en sus dominios.

Había invertido en ello los ahorros que su esposa, la bondadosa mamá Cecilia, consiguiera reunir allá en los no muy cercanos días de su juventud; y la maldita desgracia que parecía perseguirlo como el sol sigue a la sombra, no había querido que en los terrenos baldíos brotara ninguna fontana del líquido combustible.

Además de las dos personas que llevamos reseñadas, el señor Stack y su esposa, pobre víctima que trabajaba desde amanecido hasta anochecer, esta familia constaba de dos miembros más: uno de ellos era Juanito, un muchacho a la sazón de unos doce años. Juanito, más malo que un dolor de muelas, capaz de inventar todas las travesuras imaginables, le tenía al agua el mismo horror que un atacado de hidrofobia y por lo demás, prometía ser la perpetuación del retrato de su papá, en todo y por todo. ¡El niño era una verdadera joya!...

El otro miembro de la familia, Marieta, de unos diez y nueve abriles, bella como un amanecer de primavera y rubia como la mies en

sazón, merece un capítulo aparte. Desde que la familia salió de California, y vinieron a establecerse en Nueva York, Marieta había luchado como una valiente, trabajando y discutiendo por su padre; era en realidad el verdadero sostén de la familia. Decidida, inteligente, activa y dotada de ese espíritu práctico de muchacha moderna, que suele hacer de cada mujer de esta clase una verdadera heroína en el constante batallar de la lucha por la vida, Marieta había visto desde el primer día de su llegada las dificultades que les aguardaban en aquella ciudad monstruosa y se aplicó a solucionarlas con todo el ardor de que era capaz su temperamento, dinámico por excelencia.

Su padre gracias a su asidua lectura de la «Bolsa del Trabajo» había conseguido colocarse en numerosas oficinas, pero sus dueños habían sido todos unos negreros. Tras de estar obligado a llegar puntualmente a la hora de entrada, lo cual para él resultaba de un tiranía intolerable, encima una vez dentro del despacho, hasta le llevaban la cuenta de los minutos que se estaba parado y de los cigarrillos que se fumaba. ¡Una verdadera indignidad!... De todo aquello tenía la culpa el gobierno, que en un país de ciudadanos libres no debía tolerar semejantes explotaciones, cincuenta veces más odiosas que la esclavitud misma, ya que por lo menos, si los esclavos trabajaban como condenados, lo hacían precisamente por eso; por que estaban condenados a hacerlo. En concepto del señor Eulogio, era vergonzoso que los hombres libres se vieran sujetos al oprobio de estar aún

más ligados que los esclavos mismos. El gobierno, el gobierno, era el único culpable, por tolerarlo!...

Y contra el dichoso gobierno que hasta de si hace mucho sol o llueve a destiempo es responsable, fulminaba el tranquilo don Eulogio sus más terribles diatribas.

Acababa el buen hombre de lanzar una de las suyas con motivo de cierto suelto leído en el periódico, cuando apareció Marieta en la puerta de entrada, con un semblante tan triste, y un aspecto tal de desaliento, que hizo alarmar a todos extraordinariamente. Ella tan risueña, tan alegre siempre, entró que parecía la estampa de la desilución.

—¡Me han despedido!—dijo Marieta al ver que los suyos la miraban asustados.

—¿Lo ves? ¡Lo que yo te decía, Cecilia!... ¡La culpa de todo la tiene el gobierno! En este país no hay respeto al trabajador, ni se ampara la necesidad, ni... ni se puede vivir! ¡Ah, si yo pudiera levantar un capitalito!...

Mamá Cecilia lanzó una furibunda mirada a su esposo en la cual la palabra «imbécil» se leía en caracteres de metro y medio y fué a consolar a su hija.

—¿Cómo ha sido eso, hija mía?

—¡Cuestión de economías, mamá! Nos han despedido a varias; a todas las más modernas en la casa, entre ellas yo... ¡Dios mío que complicación, con papá sin trabajo!

—¡Bonita situación la nuestra, hija mía! Nuestro dinero perdido en California y fracasados también en Nueva York. Pero señor, ¿por qué no me dará Dios un capitalito para que yo pueda desarrollar mis ideas?—excla-

mó el padre repitiendo su eterna cantinela.

Las desgracias, como los favores, nunca suelen venir solos. Así, mientras la familia estaba entregada a estas lamentaciones, llamó el cartero y les entregó un pliego cerrado y lacrado, que la madre se apresuró a abrir. He aquí el contenido:

«Habiendo transcurrido largamente el segundo plazo de prórroga que se les concedió para pagar la contribución de su casa, y no habiendo sido ésta satisfecha, se les previene que la casa citada será vendida en pública subasta en Flower, (California) el treinta de mayo actual».

—Toma; entérate de esto y tú verás lo que dispones—dijo la buena mujer dando la carta a su marido, al mismo tiempo que se enjugaba una lágrima.

El señor Eulogio, leyó tembloroso el papel y prorrumpió en exclamaciones de rabia contra el Estado, contra la nación, contra los recaudadores de contribuciones y contra todo lo existente. Eso sí, sin moverse de la medidora.

Aquello no tenía más que una solución y Marieta se encargó de darla con su habitual decisión.

—Lo que debemos hacer—dijo—es marcharnos a California; pagar la contribución, y vivir en nuestra casita. La tierra es agradecida y bien trabajada, dará para que vivamos todos.

—¿Y cómo hacemos todo esto, hija mía? ¿Cómo emprendemos el viaje?

—¡Muy sencillo, papá! Vendemos los muebles y las ropas y compramos un auto de ocasión. Yo me encargo de llegar hasta nuestra casa a fuerza de neumáticos.

Como quiera que entre todos era Marieta la única que tenía un poco de acometividad, su plan, arriesgado, casi, fantástico, fué puesto en práctica por la valerosa muchacha y dos días después ya estaban realizados todos los enseres de la familia y vendidas todas las joyas, menos el papá y el hermanito. Estos no hubo anticuario que fuera capaz de cargar con ellos.

Con las cuatro «perras gordas» recogidas en la almoneda, Marieta se fué a un almacén de neumáticos de deshecho que había en un solar enclavado no lejos de su casa, propiedad del judío Samuel Levi, un hombre avaro y miserable, y comenzó a mirar los coches que allí guardaba el viejo, quien comenzó por enseñarle uno que era una verdadera calamidad.

—Este no es el coche de mis sueños, señor—repuso la muchacha viendo el lamentable estado del auto.

—Pues es lástima que no se lo lleve usted, joven; tengo la convicción de que al adquirirlo haría un verdadero negocio. Es un gran coche, y de mérito. ¡Calcule usted, de los primeros que hizo Henri Ford, que como todo el mundo sabe, fueron los mejores!...

Después de dar muchas vueltas al almacén, llegaron al final ante un auto de apariencia menos que mediana, pero que en realidad era el mejor de cuantos allí había.

—Aquí tengo lo que usted necesita, señorita—dijo el judío—. ¡Una verdadera maravi-

lla de mecánica! Cuatro cilindros, uno para cada uno de su familia. Fijese y verá como es un verdadero coche de turismo.

Probó Marieta el «cacharro» que después de todo no marchaba mal y satisfecha del mismo, entregó su importe. Dos horas después la familia Stack, como los antiguos colonizadores y los famosos buscadores de oro, comenzaba la proeza que desde hace cerca de cuatro siglos tantas veces se ha repetido; de cruzar de Este a Oeste, el vasto continente americano. Después de haber atravesado el río Hudson por uno de sus infinitos puentes, y lejos ya de la ciudad de los rascacielos, Marieta paró el auto y de pie sobre su asiento, le dirigió su último adiós a la población tentacular:

—¡Adiós, Nueva York; te desprecio!...

—Si yo hago un capitalito en el Oeste—dijo el padre con melancolía—, volveré a emplearlo aquí y a ganar millones.

* * *

Durante varios meses la Compañía de Autos de Turismo había estado buscando inútilmente el primer coche construido en sus talleres para emprender con él una campaña de publicidad. El jefe de la citada empresa se paseaba a lo largo del despacho, con ademanes nerviosos y frente a él de pie y un poco cohibidos por el nerviosismo de su principal, veíase a dos altos empleados.

—Yo estoy seguro—decía el buen señor—que nuestro coche número 1 existe todavía y por consiguiente es necesario encontrarlo.

Uno de ellos se plantó ante su jefe diciendo:

—Soy de su misma opinión, pero creo que ya hemos buscado bastante. No encuentro otro medio que anunciarlo en todos los periódicos y en las carteleras de las carreteras. Lo que nosotros no hemos podido hacer, es fácil que lo logre el anuncio.

Aquella misma noche, los periódicos de Nueva York publicaban el siguiente anuncio:



«Al que presente el «Auto-Turistas número 1», se le gratificará con el premio de 10,000 dólares. Compañía de Autos de Turismo.»

Y un grupo de mecánicos de la potente compañía, salía al mismo tiempo por toda la nación, fijando idénticos pasquines en las carteleras de anuncio emplazadas al borde de las principales carreteras.

A la mañana siguiente el hijo de Samuel Levi, al leer la sección deportiva de su periódico, encontró el anuncio y por si la suerte

hubiese dispuesto que el citado coche se encontrara entre las muchas antigüedades del motor catalogadas en los almacenes de su papá se lo enseñó a éste:

—Si no recuerdo mal—le dijo—creo que en el almacén hay un coche de turismo con un número muy bajo.

Consultó el padre los libros y vió que, en efecto, el coche número 1 había sido vendido el día anterior por la modesta suma de cincuenta dólares.

Samuel se mesó los escasos pelos de su barba rala, se dió de bofetadas a sí mismo y tras de llamarse bruto un número incontable de veces, tomó un cochecito de carreras, saliendo en persecución de la familia Stack.

—Es necesario que los alcance antes de que tengan tiempo de leer ellos el anuncio, hijo mío, de lo contrario, estamos perdidos. Quédate tú al cuidado de todo hasta mi regreso.

Y así diciendo, el judío apretó el acelerador, emprendiendo la misma ruta que los decepcionados colonizadores.

Adelantémonos a éstos y al judío y vayamos de un salto, sin separarnos de la carretera de California hasta un pequeño poblado de Pensilvania, a una de las infinitas sucursales de la Berskine Oil Company, en cuyos garages encontraremos a un joven trabajador y simpático llamado Bill James, que en otro tiempo había sido vecino de los Stack en California y que abandonó el Oeste en virtud de cierto disgustillo amoroso que Marieta le proporcionara.

Por su laboriosidad y por su decisión, Bill se había granjeado el afecto de todos; jefes

y compañeros. Lo encontramos en ese delicioso instante que es la espera de la paga, premio del trabajo, hablando con otro compañero.

—Yo sé algo que tú ignoras, Bill—le dijo su amigo—. Te han nombrado jefe de los depósitos. El director desea verte.

Después de recibir las felicitaciones de sus amigos, Bill se encaminó a la Dirección y al regresar, pensando lógicamente que las gratas noticias deben solemnizarse con una excelente comida, por lo menos, se metió en el restaurante.

Ya iba a comenzar a comer cuando una muchacha que había no lejos de él volvió la cabeza. El tenedor se le cayó de la mano y estuvo un momento como paralizado por la sorpresa. ¡O el veja visiones o aquella criatura era su adorada Marieta!... Pero, no, no. Sus ojos no le engañaban: al lado de ella y acodados en el mostrador estaban: el padre, la madre y el pequeño. Bill se olvidó de la succulenta comida y se levantó para ir a abrazar a su amada.

—El Destino ha querido que nos juntáramos, Marieta. Ahora ya nadie te podrá librar de casarte conmigo.

—Haga el favor de dejarme estar, joven; no tengo el gusto de conocerle—dijo ella afectando mal humor y desasiéndose de las manos de su adorado.

—¡Bueno!, si tú no me conoces, ya verás como los demás de tu familia se alegran de saludarme. Y quieras que no, nos casaremos. Sí, señorita—gritó con una fuerza que hizo

retremblar a las mesas del bar. ¡Nos casaremos!

—¡Vete, vete! No has cambiado en nada. Sigues siendo el mismo guasón de siempre—dijo Marieta no sabiendo si tomarlo a broma o enfadarse de veras.

Todos los parroquianos del bar se volvieron hacia aquel joven extraordinario que de tan desaforada manera declaraba su amor y los primeros fueron los padres de Marieta, que al encontrarse con su amigo recibieron la sorpresa consiguiente.

—¿Qué tal, señor Stack, cómo están sus pozos de petróleo?

Al ver la cara de ira que ponía su marido ante la broma del joven, mamá Cecilia intervino llevando la conversación por otro derrotero.

—Bill, ¿no sabes que nos vamos a California otra vez?

—¡Ah, sí! ¡Magnífico! Precisamente también yo voy allí—dijo con intención mirando a Marieta.

—Por nosotros no te detengas, Bill. No quisiera cargar sobre mi conciencia el haberte estropeado algún negocio—dijo la joven con tono zumbón.

Pero Bill hizo como si no la hubiese oído y volvió a preguntar a la madre:

—¿Y qué camino van ustedes a tomar?

—Es cuestión de Marieta; ella sabe por donde tenemos que ir. Yo...

El joven instó una y otra vez a su amada para que le diera el itinerario que pensaba seguir pero ésta, se negó en absoluto a darle

los detalles pedidos, prosiguiendo en su actitud de fingido enojo.

No obstante, Bill, por algo era considerado como uno de los mozos más decididos y enérgicos de la compañía Berskine, no se arredró. Se fué al departamento de ventas de autos, donde había algunos tan destrozados que los daban por el mismo precio que si hubiesen sido de hierro viejo y con la paga de la quincena y algunas dólares más, compró el peor de todos.

—Dígale al director que puede nombrar a otro jefe de los depósitos, pues yo me voy ahora mismo a California—y como observara el gesto de asombro que se marcaba en el rostro de su compañero, añadió—. Se me ha ocurrido de pronto, ¿sabes? Es una cosa particular, íntima, que no puedo decir.

Intentó poner el auto en marcha y en vista de que no lo conseguía y su adorada hacía ya un buen rato que había salido, tomó un cesto de herramientas, las colocó dentro del coche y dijo luego a su amigo:

—Haz el favor de darme un empujoncito nada más, Roberts. Es cuesta abajo y creo que a poca velocidad que tome podré dar una carrerita de costa a costa de América.

Así lo hizo el mecánico y el viejo Ford comenzó a rodar lentamente al principio y de una manera desenfrenada luego. Unos diez kilómetros más adelante, cuando la bajada se convirtió en cuesta, el auto quedó parado. No tardó en llegar un camión. El chófer del mismo, al ver a Bill con las herramientas en la mano le preguntó:

—¿Qué le pasa, se le ha roto algo?

—Sí; y debe haber sido dentro del motor. No encuentro el medio de hacerlo marchar por más esfuerzos que hago.

El chófer en cuestión, una excelente persona, se apiadó de su compañero.

—Si quiere puedo remolcarlo hasta que lleguemos al primer garage. Mi coche es lo bastante fuerte para poder con la carga y el suyo.

Bill sacó una larga cuerda que llevaba ya preparada para realizar esta treta y siguió en pos del desconocido bienhechor. Gracias a él pudo llegar ya anochecido hasta un formidable autódromo, lugar de descanso, puerto di-ríamos más bien, de los barcos de neumáticos.

Para saber lo que son estos gigantescos autódromos de los cuales aquí no tenemos ni idea, es preciso haber viajado por las carreteras más concurridas de los Estados Unidos. Son algo gigantescos, donde el turista encuentra de todo, empezando por viviendas, en las cuales puede pasar la noche teniendo su auto a la puerta. En el autódromo que nos ocupa, el número de tiendas no bajaría de unas doscientas. Por la cantidad de autos y de gente que pululaba por dentro del recinto, más que un autódromo hubiérase dicho que era un campamento de concentración en tiempo de guerra.

En la gran puerta de entrada había como una especie de oficina, donde los recién llegados anotaban su nombre en un libro y esta era la única formalidad exigida. El mismo guardián o portero, les entregaba el número de su vivienda y luego, después, cada uno iba a los diferentes departamentos o comer-

cios, en busca de lo necesario, a menos que no lo llevara ya consigo en su auto respectivo.

Bill, remolcado siempre por el generoso conductor, entró en el refrido autódromo, con el estruendo consiguiente, y buscó en el «Libro registro». Estaba allí su adorada Marieta y luego que hubo arrimado su coche a uno de los lados del inmenso campamento, se fué



sin pérdida de momento a la tienda de sus amigos.

—¿Dónde está Marieta?—preguntó al ver que su novia no se encontraba con los suyos.

—Esta ahí, con un joven, primer premio de un concurso de belleza que va a Hollywood a hacer películas, contratado por una casa de cine.

El joven, en cuestión, de unos veinticuatro años de edad, alto y bien formado, no era precisamente un Adonis, pero si lo bastante agra-

dable para que cualquier muchacha se fijara en él. No hay que decir que Dudle Blake, así se llamaba el joven, se creía el único sustituto del universalmente llorado Valentino y que miraba a las jóvenes como si al hacerlo les concediera una limosna. Al encontrarse con Marieta, y saber que ésta llevaba sobre poco más o menos su mismo camino, había pensado que una aventurilla amorosa no le vendría mal para distraer el tedio en las jornadas que aun le faltaban para llegar a la «Meca del Cine» y de aquí su interés por la muchacha.

Para Marieta, el «flirt» con el Adonis, que por añadidura era un aspirante a astro, resultaba bastante interesante. Esto explica que a pesar de su carácter serio le concediera cierta beligerancia.

Bill llegó a donde estaba la pareja con las intenciones que es de suponer.

—No creí que estabas tan sola—le dijo lanzando sobre el otro una mirada furibunda y cogiéndola por un brazo, de modo que casi a viva fuerza la sacó de allí.

Desde aquel instante quedó declarada la rivalidad entre los dos. Dudle le hubiera proporcionado al intruso un par de bofetadas, pero ante el temor de ser él quien recibiera y le estropeará por consiguiente su físico, que era como decir echar por tierra su fortuna, optó por conformarse con su desairado papel.

Andando por el campamento, Marieta se metió el pie dentro de los radios de una bicicleta. Aquel pequeño incidente sirvió para romper el hielo que ella fingía mantener.

—¡Creo que en lugar de reírte harías mucho mejor en ayudarme!...

—Para eso necesito que respondas primero al saludo que te hice esta mañana—le repuso él.

—Yo muy bien, gracias ¿y usted?—dijo ella vencida.

—Perfectamente, señorita y encantado de volver a verla. Ahora—añadió—te ayudaré y haré lo que te plazca, pero primero me has de decir una cosa. Ya comprenderás que solamente siendo un apóstol, y yo no lo soy, se puede hacer bien a los enemigos. ¿Tú qué eres, mi amiga o mi enemiga?

Marieta le tendió los brazos que él se apresuró a coger entre los suyos y en las sombras de la noche, dos enamorados vieron lucir desde aquel instante la aurora de la reconciliación.

Aquella noche, mientras todos dormían en el vasto campamento, Bill auxiliado por uno de los mejores mecánicos del mismo, se puso a reparar el motor de su coche y al amanecer, pudo experimentar la alegría de ver que su «vieja carraca» lanzaba más humo que un volcán.

Se acostó dentro de su auto y cuando despertó era ya bien entrada la mañana. La familia Stock había partido hacia ya un buen rato, seguida por el aspirante a astro y Bill salió en persecución de los fugitivos a los que no tardó en dar alcance, gracias a una «panne» providencial. «El Turismo número 1» no se portaba muy bien que digamos. Por otra parte, los kilos del señor Eulogio, la pesada humanidad de mamá Cecilia, amén de

las maletas y demás enseres, pesaban también lo suyo. De aquí que el veterano coche se sintiera de vez en cuando atacado por el reuma de la vejez.

—La suerte nos vuelve a juntar otra vez, Marieta. Si me lo permites intentaré repararlo.

Ayudado por la deliciosa muchacha, ¡qué no hubiera hecho él con tan encantadora ayudante! Bill se puso a trabajar con ardor y reparó el coche en menos que cuesta el decirlo.

Marieta estaba asombrada de la presteza del muchacho y cada vez más encantada de su decisión y acometividad. No se lo pudo callar:

—Bill, cada vez que te comparo con los demás te encuentro un hombre admirable ¡Qué diferencia entre tú y papá! Miralo, allí lo tienes sentado esperando que llueva el maná del cielo.

El señor Eulogio, recostado contra un árbol, soñaba con su eterna idea.

—¡Si yo tuviera un capitalito!—decía hablando con el pequeño.

Cada vez que Marieta le oía aquella frase se ponía a punto de estallar. A fuerza de oírse la repetir se le había hecho odiosa y consideraba que todo hombre que hablara de aquella manera era indigno de ser considerado como tal.

—¡Si tú tuvieras un capitalito—le dijo furiosa—qué bien te pasarías los días sin hacer nada, hasta que te lo acabaras de comer, como has hecho con el de mamá!...

Enzaráronse con tal motivo en una breve discusión cortada por la llegada del astro,

que al no ver a sus amigos volvió sobre sus pasos y sin más incidentes dignos de mencionar, llegaron hasta Posy-Camp, un gran autódromo situado a orillas del Colorado, donde se dispusieron a pasar la noche.

Entretanto, el judío Samuel, seguía tras los fugitivos, preguntando por todas partes:

—¿Han visto la dirección que ha tomado una familia que va en un auto blanco?

Varias veces, llevado por su impaciencia, el judío había tomado carreteras por las cuales creyó que podía ganarles ventaja y otras tantas había tenido que retroceder al punto de partida, con lo cual perdía un tiempo precioso. Afortunadamente, después de cuatro o cinco días de marcha, llegó a adquirir la convicción de que andaba como quien dice pisándoles los talones y en la noche a que hacemos referencia, pensaba darles caza en Kosy-Camp.

Al llegar al campamento referido, Bill salió en busca de un poco de leña, para hacer el condumio de todos, pero dió la casualidad de que Marieta salió tras él y se encontraron en el bosque, con lo cual, la busca del combustible quedó en el más profundo de los olvidos. El señor Eulogio, cansado de aguardar, requirió un hacha y se decidió a resolver él mismo la situación.

Y cuando iba a cumplir su cometido, se encontró con un matrimonio mejicano, que estaba mirando su auto.

—Me gusta este coche—le dijo el marido—es abierto; como nosotros lo deseamos.

—Pues lo siento mucho, señor, pero no está en venta—repuso el señor Stack.

—Si quiere usted se lo cambio por el mío. Mírelo, ¡qué grande y qué hermoso!...

En efecto, el coche del mejicano era un camión estupendo, parecido a uno de esos que ruedan por las carreteras para el transporte de viajeros. Podía contener muy bien ocho personas y por su presencia y por ser bastante moderno, el cambio resultaba una verdadera ganga. El señor Stack no se lo pensó ni un minuto y les cedió el coche a los extranjeros, que salieron con él en el acto.

Marieta y Bill, sentados sobre un tronco recién cortado, besados de lleno por los blanquecinos rayos de una luna espléndida, continuaban su arrullo.

—Nosotros nos casaremos en cuanto lleguemos al Oeste, Marieta. Tendremos una casita blanca, rodeada por un hermoso jardín y un gran automóvil...

Hilvanando sus proyectos, tejiendo la madeja de sus ilusiones, los dos jóvenes parecían haberse olvidado del mundo que los rodeaba. Y durante este amoroso coloquio, Bill, ¡nunca lo hiciera!, tuvo la malhadada ocurrencia de suspirar como su futuro suegro:

—¡Ah, tan pronto como yo pueda reunir un pequeño capitalito!...

—¡Dios mío, Bill, yo creía que tú eras diferente a los demás!—dijo ella levantándose desconsolada y huyendo de su amado como del diablo.

Dejemos al pobre Bill boquiabierto, sumido en un mar de confusiones sobre lo tonadizas y veleidosas que son las mujeres y sigamos hasta la tienda a la bella Marieta.

En el momento de penetrar ésta, vemos al

judío Samuel entrar tras ella. Escuchemos su interesante conversación:

—¡Por fin, señorita; gracias a Dios que los he encontrado!

—¿Pero es que también usted va a California?—le dijo ella.

—No, vengo en busca de ustedes. ¿Tiene todavía el coche aquel que le vendí?

—¡Usted dirá si no! ¿Acaso cree que soy hija de Rockefeller para estar comprándome coches todos los días?

—Este coche pertenecía a mi hijo Moe; y lo vendí sin su consentimiento y ahora me exige que se lo devuelva donde quiera que lo encuentre. Es el primer auto que manejó y no quiere desprenderse de él de ningún modo, de manera que vengo a darle lo que me pida y a llevármelo. Estoy dispuesto a pagarle por él doscientos dólares. ¡Ya ve usted que sacrificio, tres veces más de lo que le costó a usted!...

—Dígale a su hijo que agradezco la oferta, pero que con doscientos dólares no vamos a California, y con el auto viejo, aunque sea a trompicones, llegaremos.

Por la cara que puso el judío al oír sus palabras, y por su atropellada manera de expresarse, comprendió Marieta que tenía en la adquisición del viejo coche un gran interés y no dió su brazo a torcer, pese a las súplicas y ruegos de éste, que cada vez, a cada nueva negativa, iba subiendo un poco más el precio.

—¡Vaya, para que puedan ir ustedes en un «Cadillac» si les da la gana, señorita, le doy quinientos dólares!... ¡Ni un céntimo más! ¡Si no fuera por mi hijo, bien sabe Dios que

no haría yo este sacrificio, joven...—dijo el taimado viejo mesándose la barba y haciendo ademán de llorar.

La señora Cecilia, madre al fin, tocada en el corazón con aquellas lamentaciones, intervino conciliadora:

—¡Compadécete del buen hombre, hija! Después de todo, por ese dinero podemos encontrar un coche infinitamente mejor y no echas en saco roto que tenemos necesidad de sacar pesetas para establecernos allá...

Mientras la madre y la hija sostenían este pequeño aparte, que el judío no lograba entender más que a medias, el señor Stack, de regreso del bosque, se encontró con Bill y le mostró su nueva adquisición.

—Ayer me encontré una herradura y no hice caso, para que veas tú si son o no verdad las supersticiones!—le decía mostrándole orgulloso el nuevo coche—. ¡Vamos, vamos a la tienda; voy a demostrarles a mi mujer y a mi hija si soy o no soy hombre de negocios!...

En el momento de entrar ellos dos, Marieta y el judío estaban ya a punto de cerrar trato.

—Papá, este hombre nos da quinientos dólares por el auto. Le he dicho que sí.

—Imposible, hija mía. No lo podemos vender—dijo él hondamente preocupado.

—¡Le doy setecientos cincuenta!—gritó el judío decidido a vencer a todo trance aquella nueva e inesperada complicación.

—Digo que no lo puedo vender...

—¡Le doy mil dólares, señor mío! ¡Mil dólares! ¿Usted sabe lo que son mil dólares? Es el comienzo de una fortuna si se saben

administrar. Yo no tenía tantos cuando me establecí y ahora puedo gastarme esto para no dar a mi hijo un pequeño disgusto.

El señor Stack cayó en brazos de su hija sollozando.

—¡Soy la personificación de la desgracia, hija mía!... ¡Acabo de cambiar el coche por otro y el que lo ha adquirido ha salido ya del



campamento!... ¡Que loco soy!—gemía el pobre hombre—. ¡He tirado mil dólares por la ventana!...

—No, mil dólares, no—dijo el judío exasperado a su vez—. ¡Ha sido usted diez veces loco, porque ha tirado usted diez mil dólares! ¡Lea usted este anuncio!

El señor Eulogio tomó el periódico y después que hubo leído el texto cayó de espaldas sobre uno de los camastros de la rústica vivienda, sin poder articular palabra.

Mientras la familia se desvivía en busca de

sales y agua para volver el conocimiento del desgraciado señor Stack, Samuel Levi, salió de estampía, dispuesto a encontrar a los mejicanos aunque fuera debajo de la tierra.

Al llegar a la puerta de entrada del campamento preguntó por la dirección que había tomado el dichoso auto blanco y sin reparar en que por la noche todo el mundo duerme, por regla general y por consiguiente, la captura era tan difícil como buscar una almeja en el fondo del mar, salió a la ventura.

Poco a poco, el señor Eulogio fué volviendo en sí.

—¡Soy el campeón del fracaso!...—decía con voz entrecortada por los sollozos—. ¡Soy un imbécil y un desgraciado!... ¡Ahora que yo hubiera podido tener el capitalito!... ¡Está visto, hijos míos... el día que yo ponga un negocio de gorras los chicos nacerán sin cabeza!...

—No te preocupes, papá—le decía su hija consolándolo—. ¡Eres el único papá que tengo en el mundo y eso me basta!... ¡Trabajaremos!...

—¡Tienes razón, hija mía!... ¡Trabajaremos!... ¡Qué le vamos hacer... es mi sino!

Bill intervino con su optimismo:

—¡No hay que apurarse, señores, podemos dar caza al mejicano mañana! ¿No ha dicho a donde iba?

El señor Stack procuró hacer un poco de memoria en su atribulada mente.

—Creo que iba también a California. No lo recuerdo muy claramente, pero me pareció que se lo decía a su mujer al marchar.

—Pues siendo así, mañana lo cogemos.

Es seguro que el judío lo irá a buscar hacia la frontera mejicana. Nosotros llegaremos antes que él y le propondremos el cambio, por las buenas o por las malas.

Así lo hicieron. Salieron por la mañana, antes de que despuntara el día y siguieron la ruta que según Bill podía haber tomado el mejicano.

Este había pasado la noche en otro autódromo cercano al de Kosy-Camp y llevaba a sus perseguidores una delantera regular. A decir verdad no se mostraba muy satisfecho de su coche abierto. Al subir una de las muchas cuestas que había en el camino le dijo a su costilla:

—Me parece que hemos hecho un mal trato, Celinda. Este coche es más viejo que Matusalén y su motor no vale cinco pesos de plomo. A cada momento tengo que estar dándole al acelerador como a un caballo resabiado con el látigo.

—No debiste haberlo cambiado, mi «chacho»—le dijo la esposa—. Claro que en aquel otro no nos veía la gente, pero íbamos mucho más anchos y a cubierto del agua; mientras que en éste...

Marieta, tampoco conocía mucho el coche que llevaba entre manos y le costaba un trabajo impropio poder domeñar aquel carromato, capaz de arrastrar dos toneladas de peso. Quiso su mala estrella que no se diera cuenta de que en la carretera había un rótulo en el cual decía «Interceptado el paso» y en lugar de tirar por el desvío provisional, se metió en el mal camino, donde su coche no tardó en

quedar medio decantado, hundida en la tierra movediza una de sus ruedas.

Dudle que iba detrás de ellos, no acertaba a sacarlos del atolladero y el señor Stack, se devanaba los sesos sin encontrar tampoco medio de salir.

—¡Si al menos estuviera aquí Bill!—dijo Marieta con tristeza.

No había acabado de pronunciar estas palabras cuando apareció Bill. Como jinete explorador se había adelantado a todos y al no verlos venir, retrocedió en su busca.

Al ver como estaba el coche, cogió la cuerda que antes le sirviera para hacerse remolcar y ligándola al suyo, lo sacó en el acto del hoyo, en que yacía una de sus ruedas traseras.

—¡Bravo, me has adivinado el pensamiento, Bill!—le dijo Stack—. ¡Has hecho exactamente lo mismo que yo pensaba hacer!

Marieta le estrechó la mano en acción de gracias, diciéndole:

—Eres un hombre admirable, Bill! ¡Todo un hombre!... Perdona que ayer dudara de ti.

Dudle que ya se veía perdida la partida, se acercó a la joven y un tanto amoscado le dijo:

—Si ese joven es tan listo ¿por qué no encuentra el auto de usted?

Marieta trazó un mohín de desprecio y sin dignarse contestar al premio de Belleza masculina se metió en su auto con toda la familia, siguiendo a Bill, tal como éste le había dicho.

Al vencer las crestas de la Sierra Madre, donde estas montañas se pierden hacia el sur

y comienzan las Rocosas que van hacia el norte, el auto de Marieta sufrió una pequeña avería.

—Esto es muy fácil de arreglar si usted sirve para algo—dijo Bill a su rival.

Este, tocado en su amor propio, se instituyó en su ayudante, no de muy buena gana, pero al ver que su traje y sus manos se impregnaban de grasa, abandonó el trabajo diciendo:

—Yo soy un actor cinematográfico, no un mecánico. ¡Queden ustedes con Dios!

Era lo único que le faltaba a la muchacha para acabar de aborrecer a su adorador. Bill que sorprendió el gesto de repulsión de su amada se alegró en el alma.

—Tomen ustedes mi coche, pongan en él sus maletas y ya les alcanzaré yo—les dijo.

Trasladaron los bártulos y una hora después, Bill marchaba raudo y veloz tras de sus amigos.

Al divisar las montañas de California el buen señor Stack se olvidó de todas las desdichas que pesaban sobre su cabeza y rompió a llorar como un niño.

—¡Oh, mi California... mis montañas!... ¡Mis queridas montañas de California, que no pensé volver a ver nunca más!...

Mamá Cecilia se sintió contagiada del sentimentalismo de su esposo y por un momento vertió también lágrimas en abundancia. Hasta Juanito se creyó en el caso de dejar deshogar sus lacrimales. ¡Cualquiera hubiera dicho, de haberlos visto en aquellos momentos, que la familia iba de entierro!

Con la emoción, se extraviaron de camino

y se metieron en un llano. Al percatarse Marieta del error, e intentar retroceder, fueron asaltados por una banda de ladrones. Les vaciaron los bolsillos, quitaron cuanto de algún valor había en las maletas y no cargaron con el coche porque, sin duda, uno de ellos debía entender de mecánica.

—Dejarlo estar que no vale ni cincuenta dólares. No vale la pena cargar con tan gran bulto para lo poco que de él vamos a sacar.

—Estoy pensando—dijo Stack, luego que el miedo le dejó hablar— que el llevar un mal auto es una ventaja, hijos míos. Si llegamos a llevar un «Rolls» nos quedamos para siempre en este desierto.

Mamá Cecilia no cesaba de llorar:

—¡Ladrones! ¡Bandidos! ¡Hasta el dinero que yo me había cosido en la falda para pagar la contribución de la casa y que ni yo misma casi sabía que lo llevaba!...

Bill, estaba aquel día de malas. Después de reparado el coche y cuando ya creía que iba a dar con sus amigos, se le reventó un neumático y se le desprendió uno de los soportes que ajustaban la caja del motor. Arregló la rueda trabajando como un condenado bajo el sol abrasador de Arizona y cuando él se hallaba debajo del chasis, acertó a pasar por allí el mejicano.

Al ver el coche abandonado, el paisano de Pancho Villa, no pudo detener un grito de júbilo.

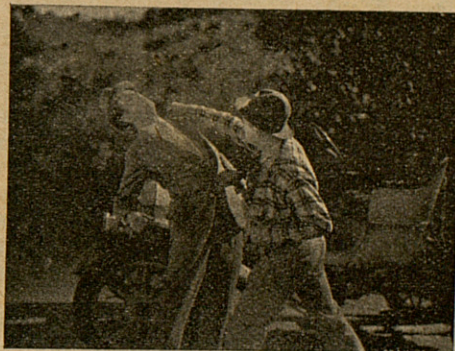
—¡Por fin, Celinda mía! Hemos encontrado nuestro auto. Metámonos en él antes de que lleguen sus dueños y dejemos este para

que el demonio cargue con él, si es que lo quiere.

Bill se vió arrastrado cuando menos lo esperaba. Se soltó y al levantarse estuvo a punto de caer desmayado.

—¡Caracoles! O yo tengo telarañas en los ojos o este es el coche blanco!...

Se montó rápido en el viejo auto que representaba la fortuna de su amada y su feli-



cidad y emprendió con él rápida carrera. El veterano de las carreteras corría en sus manos como una exhalación. Y tanto corría que al pasar por delante de sus amigos, en una pendiente, no lo pudo frenar. Siguió cuesta abajo con vertiginosidad de meteoro. Hubo momentos en que se creyó a dos pasos de la muerte. Los frenos no funcionaban y gracias a su extremada pericia de conductor, no fué cien veces, en el curso de otras tantas revueltas a estrellarse contra las rocas, o a hundir-

se en los abismos sin fondo que circundaban la carretera.

Si dijésemos que no le llegaba la camisa al cuerpo, no diríamos más que la verdad. Su cabellera parecía un cepillo.

La familia Stack, al verlo pasar con el auto de los diez mil dólares, prorrumpió en gritos de júbilo.

—¡Viva Bill!... ¡Viva nuestro Bill!

Dudle cogió por los cabellos aquella ocasión para desacreditar a su rival.

—Vitoréenlo ustedes—dijo—. ¡Ahora que ya tiene el auto se irá a cobrar los diez mil dólares y si te he visto no me acuerdo!...

—Bill es incapaz de hacer semejante infamia, ¡y menos a mí!—repuso Marieta con energía.

—Por el dinero se matan hermanos entre hermanos, señorita... Ahora, si su Bill es de otra pasta... Yo creo que si fuera tan honrado como usted asegura, se habría detenido, en lugar de escapar como un ladrón.

El señor Stack no las tenía todas consigo. Por un lado creía a su hija, pero por otro, acababan de robarle, y la verdad, casi estaba por inclinarse del lado del astro de la pantalla.

—No creo que Bill sea ningún traidor, hija mía, lo conozco desde niño y siempre he tenido de él un buen concepto, pero creo que deberíamos seguirlo.

Mary puso el auto en marcha y dos horas después se encontraron a Bill, casi a la cima de una pendiente, con el coche parado y tratando de repararlo.

Dudle se adelantó hacia él, diciéndole con sorna:

—¡Hola, amigo! ¡Vaya unas intenciones las tuyas; si no se le llega a estropear, a estas horas ya estaría usted cobrando los diez mil del ala...

Renunciamos a describir lo que allí pasó. Sólo diremos que las manos de Bill parecían máquinas de repartir puñetazos y que el pobre astro, para librarse de aquel diluvio de golpes, no tuvo más remedio que tirarse al suelo y hacerse el muerto. En un momento, su linda cara de fascinador, adquirió la forma de un melón. Su nariz griega, su óvalo romano y sus ojos bereberes, desaparecieron por completo, a influjo de los puñetazos, que cubrieron de moraduras el bello rostro.

Bill ligó el «Turismo número 1» a su Ford para que en las pendientes no volviera a hacer de las suyas, y cuando el astro rey en su ocaso ponía la feraz campiña de California semejante a un ascua de oro arribaron felizmente a la casita abandonada, en cuya puerta había un papel:

«Casa para vender si no se paga la contribución en el plazo de un mes por su dueño Eulogio Stack.»

Arrancó Marieta el papel, que se llevó el viento lejos de allí y luego que sus padres y Juanito se hubieron metido dentro de la casita, dijo a su adorado:

—Cuéntame, Bill. ¿Cómo has hecho para recuperar el auto?

—Dame un beso, dime luego después que nos casaremos esta misma semana y dejaré satisfecha tu curiosidad.

Marieta no se hizo repetir la orden dos veces y en el momento en que el sol huía de la

tierra, sin duda para dejar que la luna, protectora de los enamorados viniera a alumbrar el naciente idilio, Bill comenzó y acabó así:

—La suerte, la misma que me puso en tu camino, me trajo el auto a las manos. No he sido ningún héroe, Marieta. Si acaso he hecho alguna heroicidad ha sido la de seguirte amando, tanto de lejos como de cerca.

Desde la cocina se oía la voz del señor Stack.

—¡Por fin, Cecilia, por fin... ya tengo mi capitalito!... ¡Dame un abrazo, demos un viva a California y un muera a Nueva York!

FIN

